

### III. La conformación de la condición juvenil de los jóvenes de Gijón

Resulta imprescindible abordar cómo es la juventud en cada momento histórico concreto. Desde su aparición hace apenas cincuenta años, en la Europa de los Estados del Bienestar y en Norteamérica, como un periodo vital reconocible sus contenidos no han dejado de cambiar al socaire de una sociedad también en constante transformación. Surgida como la penúltima invención instituida del ciclo vital moderno, después de la infancia y antes de la vejez, y facilitada por años de bonanza económica, su consolidación estuvo relacionada con la necesidad de un tiempo de formación y aprendizaje en una sociedad cada vez más compleja que, además, necesitaba ampliar su fuerza de trabajo cualificada más allá de su base tradicional burguesa<sup>1</sup>. Si hasta ahí la juventud, precisamente, sólo existía en la alta y media burguesía a partir de entonces se iría ampliando, de forma irregular, a todas las clases sociales demorándose el casamiento y la progenie y, asimismo, el comienzo del trabajo que posibilitaba la independencia económica.

En cualquier caso, la mayoría de las sociedades desde las más simples hasta las más complejas han tenido periodos más o menos cortos (dos o tres días) o largos (años) para marcar el final de la infancia y la preparación o el paso a la edad adulta mediante sus correspondientes ritos de iniciación y de paso y/o aprendizajes sociales más prolongados. Desde los *púberes* de las sociedades primitivas, siguiendo por los *efebos* del mundo griego y romano, pasando por los *mozos* del Antiguo Régimen en Europa (Siglos XV-XVIII) y llegando a los *muchachos* de la sociedad industrial, antecesores de los actuales jóvenes, todos ellos son manifestaciones de la importancia del simbólicamente “segundo nacimiento” que significaba la preparación para la entrada en la edad adulta de la vida<sup>2</sup>. No obstante, la llegada de *la juventud*, desde la segunda mitad del siglo XX, no deja de ser una novedad absoluta tanto por su duración como por la diversidad de aprendizajes y prácticas que conlleva la vivencia de este periodo vital. En más, existe una diferencia con respecto a sus equivalentes pasados, o de otras sociedades, que es muy significativa para comprenderla como moderna construcción social occidental y, específicamente, para comprender a los jóvenes actuales: se trata de su carácter de sujeto social activo — frente a los anteriores, pasivos— con capacidad para influir en la vida pública y, de la misma forma, para influir en los términos de su propia conformación como grupo social.

1. Para el surgimiento en Europa de la infancia moderna y la vejez ver, respectivamente, por ejemplo, Colectivo IOE, 1989; Víctor Alba, 1992.

2. Ver, al respecto, Carles Feixa, 1998, p. 15 y ss.



Situados definitivamente, pues, en esta etapa vital (postmoderna) y en su función principal de aprendizaje y preparación para la vida adulta, es preciso hacer notar que la juventud (y los jóvenes) ha ido cambiando de contenidos al mismo tiempo que la propia sociedad o, más aún, en ocasiones ha ido prefigurando esos cambios que han terminado por extenderse a toda la sociedad. Quiere esto decir que aunque el rol social principal no cambia, sí lo hacen los contenidos adoptados que caracterizan a los jóvenes, chicas y chicos, en un momento social concreto. Así, nos interesa la actual condición juvenil cuanto que incluye contenidos fundamentales de la juventud que hoy estructuran y posibilitan sus rasgos definitorios y generales a partir, por ejemplo, del consumo y la moda, la conformación del tiempo o el sentido individual y grupal que tienen. Dicho de otra forma, abordar conectivamente aspectos que tocan tanto a las formas de vida y cultura como los valores, participación en la sociedad, así como a las mismas condiciones de vida en las que se desenvuelven<sup>3</sup>. Por lo tanto, la corta historia de la juventud estaría preñada por las sucesivas Condiciones Juveniles que han definido las maneras de ser y vivir como jóvenes.

Aunque la condición juvenil presente constituya contenidos y características en la generalidad de los jóvenes, lo diferencial estriba en la específica relación y combinación de esos contenidos a partir de las edades y las clases de edad, del género, de las mismas clases sociales y de ciertos grupos más o menos reconocibles. Al mismo tiempo, no podemos dar por sentada una condición juvenil para los jóvenes de Gijón sino que debemos ir comprobando sus semejanzas con el contexto más general y, sobre todo, viendo su específica configuración en Gijón. En ese sentido, hay interesantes matizaciones que, comprendidas en una condición juvenil global de los jóvenes en España, no dejan de introducir elementos relevantes para el diseño y aplicación de las políticas sociales correspondientes. Los jóvenes tienen intuiciones fuertes al respecto. Desde un punto de vista institucional y social se preguntan por los cambios en el concepto y realidad de la juventud, ven la necesidad de conocer esos cambios que caracterizan a las generaciones de jóvenes actuales, pero subrayando la diversidad como factor a tener en cuenta.

*“(…) — O sea, que es que hay que darse cuenta eh..., lo primero decir: pues somos jóvenes a partir de yo que sé, después de la adolescencia, no sé, de dieciséis diecisiete años, ¿no?. Eh, ¿y hasta cuándo?, hasta 30 años. Y, ¿por qué no hasta 25?. O sea, eso es una cosa que también. Yo soy de la opinión que, ... que primero pues habría que quizás saber, hum: necesitamos esto y tal.*

*— ¿Inquietudes de los jóvenes? Inquietudes de los jóvenes pues son múltiples, muy variadas. Eh, desde, pues ya, pues a lo mejor, pues ya a partir, yo que sé, veintiuno, después de haber acabado la carrera, eh... yo veintidós que estoy ya terminándola. Eh... que ya tus las inquietudes son diferentes que a lo mejor un tío de... que tenga veinte años, ¿no?. Que yo que sé, el tío de veinte años la preocupación, o diecinueve años...*

*— Yo que sé, pues mira: ¡ estoy preocupao porque el sábado que viene no voy a poder salir por la noche y tal! Entonces a lo mejor, a lo mejor yo que sé, a lo mejor esa preocupación también la puedo tener, ¿no? La puede tener un tío de veintisiete años igual que la puede tener un tío de treinta y cinco, o sea. Pero a lo mejor ya preocupaciones yo que sé, un poco más, digamos más serias, ¿no?”*

**(Grupo de Discusión número 1, página 4. Clase Media y Media-Alta, 15-22 años) (GD1, 4. M-MA, 15-22).**

Desde esta mínima perspectiva nos estamos situando — aún sin olvidarlas— en una posición distinta de la de las grandes teorías sociológicas que hasta los años noventa abordaron la condición juvenil. Por un lado, el análisis estructural funcionalista que consideraba a la juventud desde el mito de la subcultura: juvenil o delincuente (en caso de desviación) a partir de Parsons (1942) y hedonista, modernizadora y promotora de “cambios culturales” a partir de Daniel Bell (1977). En ambos casos, además de no abordar los problemas de clase social, dan lugar a las generalizaciones sobre el colectivo (bondadosas o problemáticas) que más atrás hemos cuestionado. Después de unos años en los que hubo diversas críticas a esta concepción que hablaba de los jóvenes como cultura juvenil, aparece a principios de los años setenta en Inglaterra una nueva corriente teórica (“nueva teoría subcultural”) cuyas aportaciones más relevantes se dirigen a reconocer los problemas estructurales de clase en los jóvenes, aunque sin dejar de lado el papel de las instituciones (como los medios de comunicación) que contribuyen a etiquetar a determinados grupos de jóvenes como problema social. Los abordajes de esta escuela, siendo interesantes, al final caen en una lógica (formada por los investigadores) que pretende instaurar como factor de contestación y cambio social profundo a los grupos de jóvenes que contesten a la burguesía y las clases medias<sup>4</sup>.

Nuestro interés al exponer brevemente las ideas principales de estas escuelas es mostrar hasta que punto están enraizadas en la opinión pública funcionando como lógica construida en momentos concretos. Por ejemplo, facilitando que se catalogue a los jóvenes como “hedonistas” y “acomodados” o, en otro sentido, como contestatarios, por naturaleza, y promotores de los cambios sociales. Desde luego, ambas cuestiones podrían ser ciertas pero en todo caso hay que comprobarlas a partir de sus prácticas e iniciativas actuales.

Sin querer insistir más en los enfoques que aquí se intentan poner en práctica — explicados y diseminados a lo largo de los dos primeros capítulos— si que es preciso recordar la necesidad de afrontar el reto entre la existencia de la juventud formada por jóvenes distintos que tienen una condición juvenil cambiante y unos hechos y sentidos diferenciales a partir, primero, de la clase social y de sus prácticas sociales. Luego, anidadamente, están las mismas clases de edad, los distintivos generacionales, el género, y las teorías del ciclo vital, como los factores principales que estamos intentando tener en cuenta<sup>5</sup>. En definitiva, lo que caracteriza a la condición juvenil es que tiene contenidos

3. Ayuntamiento de Barcelona, 1998.

4. Para un resumen de los abordajes y corrientes sociales sobre juventud ver, por ejemplo, Franco Demarchi y Aldo Elena, 1986, pp. 983-995; Martín Criado, 1998, pp. 21-39.

5. Nos interesan sobremanera las aportaciones de Pierre Bourdieu y algunos de sus seguidores, pero también las de aquellos que reconocen la existencia de la juventud, eso sí, con los hechos distintivos que venimos señalando: la juventud existe pero a partir de



comunes para todos los jóvenes aunque con diferentes niveles (por ejemplo, de consumo) y tiempos de esos contenidos (que son más o menos dilatados) dependiendo del origen y clase social. Vamos a ver inicialmente la conformación general de la nueva condición juvenil y posteriormente acotaremos cada uno de los aspectos principales que la estructuran.



### 1. De la juventud como transición a la juventud como realidad

Más allá de las partes fundamentales que estructuran la condición juvenil hay un aspecto de conformación o diseño general que no sólo atañe a los específicos cambios, y contenidos reconocibles en los jóvenes actuales, sino que también toca al mismo rol social general que ha tenido la juventud desde su inicio como colectivo social y que había persistido recreado en las sucesivas condiciones juveniles. Hasta hace, aproximadamente, diez años el rol social de los jóvenes era la preparación para la vida adulta y, así, la juventud se estructuraba como un tiempo de transición en la que tenían lugar los aprendizajes vitales, la formación (reglada y ocupacional), la consiguiente búsqueda de relaciones autónomas, la inserción laboral, y la formación de nuevas familias en hogares diferenciados de la familia de origen<sup>6</sup>. En ese sentido, la vida era vista como una sucesión de etapas subalternas que antecedian y sucedían a la clase de edad más importante por su condición productiva: la adulta. Las que le antecedian (infancia y juventud) debían ser de educación, formación y preparación *para* acceder a ella, mientras que la que le sucedía (la vejez) — sin rol social que jugar al prevalecer socialmente el prisma productivo— sufría la devaluación social que provocaba su proscripción del mundo laboral. Se entiende pues que el curso vital fuera visto cotidiana (y científicamente) como una campana convexa que, como metáfora biológica, subrayaba la importancia de la edad adulta al estar en el cenit, en el apogeo vital, entre los ascendentes nacimiento, crecimiento y preparación, y el descendente declive vital y la muerte<sup>7</sup>. En definitiva, juventud concebida como transición o paso intermedio a la edad central en la que si se conseguían plenos derechos personales y sociales. Pues bien, en unos años los cambios están siendo tan notables que han terminado por afectar en detalles al mismo rol social juvenil aunque, ciertamente, aún no alcancemos a comprender las consecuencias globales y últimas que puedan suponer. En todo caso, si sabemos algunas cosas que vamos a abordar y que tocan de lleno a la actual condición juvenil.

Como se ha señalado, la condición juvenil como cualquiera otra, al responder a las necesidades de la sociedad no es inmutable y tampoco está al margen de las mismas elaboraciones de los jóvenes y de los agentes que tienen algún tipo de influencia en ellos. En ese sentido, se está produciendo una reformulación teórico-práctica que intenta tener en cuenta las situaciones novedosas que afectan al conjunto del colectivo: la juventud ya no es sólo un proceso de transición, o de paso, hacia la etapa adulta sino una condición social con sentido y con derechos ciudadanos ya consolidados. A partir de un vasto movimiento teórico que ha unido a la sociología de las generaciones y a la psicología evolutiva

del desarrollo humano o ciclo vital, la consideración de cada una de las etapas del curso de la vida ya no se supedita a otras, antaño jerárquica y ordenadamente mejor situadas<sup>8</sup>. Indudablemente, para esto con la sola voluntad no basta, pero sí que es cierto que la clave está en reconocer y desarrollar papeles sociales autónomos (respecto de otras etapas vitales) que se hagan necesarios al conjunto social. Desde esa perspectiva, cada una de las partes del curso vital — como la infancia, la juventud, la etapa adulta y la vejez— tienen o pueden tener sentido por sí mismas y contienen individuos plenamente sujetos a las obligaciones y derechos consiguientes. De esta forma, se destierran las determinaciones exclusivamente biológicas de la vieja psicología cognitiva y se reconoce la importancia de lo social en la (compleja) construcción del curso vital. En realidad, la conformación de la juventud, como otros periodos del ciclo vital, no tiene tanto que ver con la edad cronológica —vista linealmente— como con el rol y funciones sociales asignadas o conseguidas por sus componentes y reconocidas por la sociedad. Desde esta perspectiva, y dado el carácter cambiante de la sociedad actual, la vida es un continuo proceso de socialización que tiene connotaciones distintivas en cada una de las etapas del ciclo y que se desarrolla sostenidamente a lo largo de las edades.

El último alargamiento del ciclo vital juvenil que por causas diversas (de aprendizaje, relacionales, formativas, laborales,...) ha significado la permanencia en él de una proporción significativa de personas que, incluso, han superado los treinta años, es uno de los factores principales acompañantes del cambio de los supuestos y conformación de la condición juvenil<sup>9</sup>. Si antes la juventud era un espacio temporal, y vital, subordinado y su vivencia más exitosa tenía sentido, precisamente, mediante el aprendizaje para la vida adulta y el colofón que significaba la consecución de un empleo estable, ahora ya no todo lo joven es transición, paso o experiencia condicionada a ese objetivo. La juventud es ahora un estado y proceso marcados por la experimentación, el ocio y la diversión y todo ello revierte para sí de manera cercana e inmediata a los mismos jóvenes<sup>10</sup>. Y, consecuentemente, como en cualquier etapa vital se da el aprendizaje, la adaptación y la adecuación a unos objetivos y recursos. Visto así, no es difícil imaginar que las políticas sociales dirigidas a los jóvenes se deben articular desde esa perspectiva más integradora que superadora.

En una sociedad en la que se exigen variados registros y aprendizajes vitales autónomos, la juventud ya no es el único espacio temporal especializado donde se deban hacer tales adquisiciones, sino que más bien se trata de un proceso mantenido en dos momentos y sentidos. Por un lado, porque al inicio de cada etapa vital se debe realizar un específico esfuerzo adaptativo a partir, por ejemplo, de los nuevos derechos y deberes, objetivos y recursos, posiciones y roles, y expectativas y oportunidades<sup>11</sup>. Y, por otro, porque en cada una de ellas debe haber un aprendizaje y adaptación continua, dados los acelerados cambios sociales que dificultan las biografías estables y lineales a las que

8. Gil Calvo, 1992. En otro lado hemos intentado desarrollar esto aplicado a las personas mayores. Miguel Arenas, 1995, especialmente cap. 2.

9. Según los datos de la Encuesta Jóvenes Gijón 2001 (Manuel Fonseca, 2002) la mitad de éstos entre 26 y 29 años siguen viviendo con su familia de origen. Los datos a nivel de España son muy similares. Ver Pepa Cruz y P. Santiago, 1999, p. 51 y ss.

10. Martí i Jufresa, 1998; Martínez Sanmartí, 1998.

11. F. López, 1988, p. 72 y ss.



hasta hace poco estábamos acostumbrados. De la misma forma, si antes la juventud era un tiempo crucial para confirmar y, sobre todo, para adquirir y asegurar una posición social estable y un rol social continuado en la edad adulta, ahora, aunque siga teniendo esos cometidos y funciones, contiene otras matizaciones importantes. Así, el aumento de la esperanza de vida y el alargamiento general del curso vital ha provocado el consiguiente aumento temporal de todas las etapas vitales y con ello de la juventud. Además, con todas las reservas que podamos tener, pues intervienen variados factores, la complejidad creciente de nuestra sociedad exige, cada vez más, no sólo niveles educativos y formativos más altos sino también — como decíamos — aprendizajes vitales autónomos más elaborados y versátiles (vividos y observados, por así decir) que necesitan de más tiempo y más años. Se trata de actividades o bloques de actividades que no son en absoluto gratuitas (prácticas sociales) y van más allá del punto de vista puramente culturalista o activista. Se inscriben, más bien, en la dirección de la autonomía y la autosocialización de los jóvenes a partir de la experimentación, el ocio y la diversión, el ejercicio y el aprendizaje de la ciudadanía, la participación y el coprotagonismo social, o la solidaridad, como algunos de sus contenidos principales<sup>1 2</sup>.

Cuando la juventud en nuestra sociedad (o en otras) suponía un lapso de tiempo relativamente corto, entre la infancia y la edad adulta, si tenía sentido que su función casi exclusiva fuera la de paso o transición<sup>1 3</sup>, es decir, un tiempo en el que propiamente no se estaba sino que, más bien, se pasaba por él sin dejar de fijar la atención en el horizonte temporal de la buscada identidad adulta. Pero hoy no ocurre esto. Los jóvenes pueden ser jóvenes prácticamente durante quince años y, consiguientemente, los procesos de paso parciales se distribuyen a lo largo de ese periodo (más a partir de los veinte años) hasta que se da un proceso de transición definitiva — comparativamente corto — generalmente asociado con la consecución de un empleo estable y la emancipación residencial. De esta forma, ello implica una articulación compleja<sup>1 4</sup> y relativamente autónoma de los procesos parciales de paso y también la existencia de una mayoría del tiempo no caracterizado por su objetivación fuerte hacia la siguiente etapa vital: la adulta.

Desde esta disposición, el resultado es que la juventud ya no es tanto un lugar de paso que encuentra su sentido a partir de otra etapa caracterizada por su centralidad, como una realidad, sobre todo, que tiene sentido por sí misma porque en ella tienen lugar procesos funcionales novedosos sostenidos en el tiempo, con respecto a condiciones juveniles de antaño: primero, porque el paso de una sociedad de familias a una sociedad de individuos<sup>1 5</sup> ha posibilitado el ejercicio de una autonomía personal razonable en las elecciones que los jóvenes — chicos y chicas — van tomando en materia de amistades, viajes, movilidad geográfica e, incluso estudios y formación; luego, la búsqueda y variedad de oportunidades les permite la experimentación y la búsqueda vital, es decir, aumentar experiencias en escenarios diversos; finalmente, la rápida maduración personal y social de los jóvenes junto a su plena conciencia de los derechos individuales y sociales democráticos, y la solidaridad, en los que se han educado les permite, igualmente,

un ejercicio-aprendizaje de ciudadanía que, antes que una identidad provisional prestada (hasta llegar al periodo adulto), es una cualidad estable y progresiva.

En última instancia, si a todo esto unimos la ausencia de responsabilidades hacia terceras personas, podremos entender el que la juventud no sea tanto un periodo de carencia como de posibilidad estructurada a partir de los presupuestos que acabamos de ver<sup>1 6</sup>. Las siguientes frases de una de las jóvenes participantes en los grupos de discusión son ejemplares con relación a dos de los aspectos que hemos señalado: el sentido de madurez de los jóvenes y su participación en la vida social, por más que ésta última se dé fragmentaria y atomizadamente.

*— Yo estoy de acuerdo con él, en el sentido, que es verdad, además, que los jóvenes hoy día cada vez hum...: los jóvenes, yo que sé, a partir de veinte, veintiuno, yo creo que cada vez más, e incluso antes, depende de la madurez de cada uno o de lo que sea, cada vez más se igualan a la gente llamada adulta de treinta y pico o treinta. Y pueden, o sea,... y hablas, y sales, y todo. Participas con ellos de igual.*

*— Y con respecto a lo que dijo de, de la juventud, que si la leyenda negra que había y eso. Creo que..., que la juventud sí se mueve y que hay muchos grupos que no se conocen”*

**(GD1, 3-4. M-MA, 21).**

Y sin embargo, la transformación radical en extensión y contenidos de todo el ciclo vital y de nuestra misma forma de mirarlo, no debe hacernos olvidar que las fases de la juventud deben de cumplirse pues, como cualquier etapa vital, debe de ser vivida pero también superada. Es decir, no podemos hacer de la necesidad virtud y hacer lo que la zorra hizo con las uvas. Es preciso realizar una importante matización a las argumentaciones (con las que en principio estamos de acuerdo) que observan a la juventud más como realidad que como transición subalterna a la edad adulta. En efecto, parece tener sentido que en los últimos años la creciente complejidad social ha provocado una necesaria prolongación de la juventud para dar tiempo a la formación, la orientación, y el aprendizaje de las claves sociales significativas para los jóvenes; pero también es verdad que la goma se ha estirado hasta límites tan indeseables en lo que respecta a la inserción laboral que se ha ido configurando, para demasiados jóvenes, como caótica, precaria, inestable y tardía. Es decir, el alargamiento de este curso vital, y su vivencia no subordinada y, por lo tanto, positiva y aprovechable, no debe servir como justificación para la ausencia de esa inserción que provoca la dependencia e impide el planteamiento de proyectos vitales estables (emancipación vital, formación de familias y alquiler o compra de vivienda)<sup>17</sup>. Y es que, desde la perspectiva que estamos adoptando, cada etapa de la vida debe ser vivida plenamente pero, al mismo tiempo, esa vivencia plena implica un tránsito flexiblemente ajustado por cada una de ellas y el paso a la siguiente etapa, situada en edades más avanzadas.

12. Daniel Fernández, 1998; Carles Martí i Jufresa, 1998; P. Joan Giralt, 1998.

13. Arnold Van Gennepe, 1986, p. 17 y ss.

14. Sobre el proceso complejo desde la adolescencia social hacia la emancipación plena ver, por ejemplo, Joaquín Casal, 1998.

15. Gil Calvo, 1993, p. 181 y ss.

16. Olivier Galland, 1994. Citado por Ayuntamiento de Barcelona, 1998, p. 9.

17. Josep Maria Riera, 1998.



Tanto es así que, a pesar del sentido positivo que adoptan los jóvenes, la postergación sin final conocido de la emancipación económica por causa del empleo llega a provocar una división tanto del yo personal como del social: por un lado, aprovechamiento del ser joven y, por otro, frustración ante los enormes obstáculos para la emancipación que imposibilita la autonomía y el diseño de proyectos vitales. En los jóvenes de Gijón que se encuentran en esa situación no dejan de manifestarse esos dos polos que se tocan en forma de contradicción irresoluble. Pues en efecto, la falta de empleo no es cualquier cosa sino la imposibilidad de haber transitado airosos — chicos y chicas— por el periodo vital, aunque se esté muy a gusto viviendo con los padres.

*“— ¿Entiendes? Yo, en mi... en mi... Particularmente, yo creo que me he ganao el respeto de mi padre; por la trayectoria que he tenido. Y ahora me tiene que aguantar, pues me tiene que aguantar porque no te queda más remedio. Porque yo aunque quiera marcharme no puedo.*

*— Yo por ejemplo, vivo también en casa con mis padres y tengo un hermano más pequeño. Y no tengo ningún problema. Estoy súper a gusto en casa. Mi madre y mi padre siempre han dicho: que bueno, de momento no tienes trabajo y no tienes trabajo, pues bueno, ¡ aquí siempre tendrás un sitio, no hay ningún problema! Yo para eso, ¡ la verdad es que son fabulosos, no tengo ningún problema!”*

**(GD4, 40. MB-B, 22-30).**

Por lo tanto la solución al enigma sobre la actual condición juvenil no puede ser otra que la vivencia positiva, pragmática y exigente de la juventud pero teniendo en cuenta que **las etapas vitales al igual que empiezan y se transita por todas ellas también deben ser dejadas atrás (habiendo cumplido sus exigencias) para que no se conviertan en un sin-sentido social y determinen una trayectoria muy dificultosa en la etapa adulta.** Por eso, en este tema — desde el punto de vista de las políticas sociales—, el problema no será la inserción social de los jóvenes pues, como hemos visto, a través de la vivencia positiva y aprovechada de su realidad están suficientemente insertados, aunque de forma diferencial según clases y grupos sociales. Más bien los problemas y las mayores dificultades las encontramos en los jóvenes de edades relativamente avanzadas que no tienen la situación adecuada para dejar atrás la juventud, no tanto a causa de la falta de empleo, como a causa de la falta de empleo estable. Es decir, el problema del desempleo de los jóvenes en Gijón, como en el resto de España, es fundamentalmente un problema de precarización e inestabilidad del empleo<sup>1 8</sup>. Más adelante, cuando nos detengamos en el empleo y en los jóvenes que se encuentran en la última fase de la juventud (aproximadamente de más de 25 años) volveremos a esta relación entre jóvenes, precarización y dependencia.



## 2. Otros cambios recientes en la condición juvenil

Además del contraste entre mirar la juventud como transición o como realidad (que también debe ser superada), hay otros contenidos centrales que recrean la actual condición juvenil y que, al mismo tiempo, se constituyen en hechos diferenciadores con respecto a juventudes precedentes y a las generaciones que las componían. Pues bien, en esta apartado los vamos a nombrar y acotar para posteriormente desarrollarlos a la luz de los mismos discursos de chicas y chicos en los grupos de discusión<sup>1 9</sup>.

Entendiendo que los jóvenes siempre necesitan desarrollar modos de conocimiento vital, transgresión y experimentación — paradójicamente— posibilitados a su tiempo, en los últimos años han variado sus expresiones concretas. Sí la generación de los ochenta (que estaba en la veintena en esa década) y sus influencias posteriores se aplicaron en la diversión y el ocio, en la crítica y participación política y asociativa, en experimentos proyectivos de las relaciones personales y sexuales, y en la utilización expresiva del cuerpo y la cultura contra la moda y el consumo; las inversiones de los actuales jóvenes aunque mantienen y aumentan campos de captación y vivencia de la realidad — como la diversión y el ocio (con connotaciones muy diferentes)—, añaden otros de importancia definitoria como el consumo, la moda, la utilización de las tecnologías de información y comunicación y la cooperación social. Asimismo, aspectos antes tan conspicuos como la crítica social y política y los ensayos en las relaciones personales no forman parte normalmente de sus vidas.

En ese sentido, es preciso indicar que tales cambios suponen, en efecto una adaptación a las posibilidades de la cambiante sociedad actual. La ausencia de proyectos alternativos sociales y políticos creíbles, la descomposición ideológica y, con ello, el desvanecimiento o secularización de las focales formas y estilos de vida que les identificaban ha ido determinando su desaparición como referente vital y experimental para los jóvenes. Al mismo tiempo, el arrinconamiento del capitalismo de producción por el omnipresente capitalismo de consumo en occidente, ha determinado que los contextos vitales y sociales cotidianos estén marcadamente estructurados por el consumo y los medios audiovisuales de información y comunicación en los que tiene lugar la publicidad<sup>2 0</sup>. De entre todos los tipos de consumo la moda y sus complementos (sobre todo, aunque no sólo) ocupa un lugar preeminente como factor de autosocialización juvenil al permitir vislumbrar expresivamente a través de su significante (el vestido) cuáles son las referencias sociales candentes, los cambios que acontecen y la situación con respecto a los coetáneos, chicos y chicas<sup>2 1</sup>.

Y todo esto los jóvenes lo van viviendo y realizando con el grupo de iguales. Frente a la idea que postula al individualismo como algo básico en nuestra sociedad a partir de una identidad estable, se asiste —dadas las cambiantes esferas sociales en las que nos

19. Utilizamos el concepto de generación, en su sentido sociológico, como personas que tienen, más o menos, la misma edad pero, sobre todo, porque han tenido experiencias comunes que les aportan una visión del mundo similar. Es fácil entender así que vamos pasando por todas las etapas del ciclo vital (infancia, juventud, etapa adulta, vejez) pero siempre pertenecemos a la misma generación (ver Mannheim, 1993; Gil Calvo, 1992).

20. Ibáñez, 1989.

21. Ana Martínez Barrero, 1998 p. 62 y ss.



movemos— a una mayor versatilidad en la conformación y presentación del yo en la vida cotidiana. Además, ese individualismo de una pieza se ve también truncado porque, cada vez más, compartimos nuestras inquietudes en pequeños grupos de redes existenciales. Pues bien, la condición juvenil actual está, igualmente, marcada por esa articulación colectiva.

Es determinante también que ese tipo de autosocialización pública demarca tiempos y espacios informales exclusivos que deben ser conocidos y tenidos en cuenta. Una buena parte del tiempo de los jóvenes es exclusivo porque se comparte con y entre otros jóvenes al margen de otras etapas vitales ocurriendo en ellos los procesos de afinidad y discriminación, experimentación y aprendizaje señalados más arriba. De la misma forma, en la vida de los jóvenes existe un tiempo inclusivo, con grados diversos de formalización, que se comparte con otras generaciones y etapas vitales<sup>22</sup>. Hablamos de la familia, los estudios, la formación ocupacional y el trabajo.